

Martín Sánchez, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso de Michoacán, 1920-1924*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1994, 263 p.

Arturo Grunstein Dickter

La tensión entre el centro y los Estados fue uno de los desafíos principales a los que se enfrentó la “dinastía sonoreNSE” en sus intentos por construir el Estado posrevolucionario durante la década de los veinte. Contamos ya con varios estudios históricos sobre el periodo, que han aportado evidencia valiosa sobre la constitución de gobiernos estatales —generalmente encabezados por alguna figura caudillesca— así como su relación con el centro. Como parte de su política predominantemente conciliadora, tanto el presidente Obregón, primero, como Calles, después, generalmente toleraron márgenes de independencia política y administrativa bastante amplios a líderes y gobiernos estatales, con ideologías y programas muy distintos (radicales, moderados e incluso conservadores), siempre y cuando dieran muestras claras de su lealtad al centro. En otras palabras, si bien es cierto que durante la década de 1920 se comenzó a conformar en el país el mapa de las fuer-

zas políticas a partir de áreas de influencia controladas por un cacique o caudillo, también es muy cierto que tal conformación se logró gracias a que estos personajes realizaron una política negociadora donde, a cambio de ciertos privilegios políticos y/o económicos, concedieron el apoyo necesario para la integración y estabilidad de un bloque de poder nacional (el obregonismo).

Sin embargo, mientras algunos caudillos lograron consolidar estructuras de poder regional autónomas más o menos estables (por ejemplo Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, Adalberto Tejeda en Veracruz, Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, Emilio Portes Gil en Tamaulipas, Enrique Colunga en Guanajuato y Tomás Garrido Canabal en Tabasco), otros se enemistaron y terminaron por sucumbir ante los ataques del gobierno central.

Lo que funcionó en San Luis Potosí, Guerrero, Yucatán, Veracruz, Morelos, Chiapas, Tlaxcala, Hidalgo, la huasteca potosina, tamaulipeca,

veracruzana, etcétera, no pudo ser en otros estados y regiones del país.

Al revisar la literatura sobre el tema, es claro que los investigadores han mostrado poco interés por analizar detenidamente las experiencias de los caudillos y los proyectos vencidos.

El propósito del libro de Martín Sánchez es precisamente examinar la historia de una de estas derrotas. Se trata de la desafortunada administración del general Francisco J. Múgica como gobernador de Michoacán (1920-1922). Luego de un año y medio plagado de conflictos tanto con la oposición local (ortizrubistas, católicos y terratenientes) como con el gobierno federal, el general Múgica se vio finalmente forzado a renunciar en 1922 para luego ser arrestado a principios de 1923 por órdenes del mismo presidente Obregón. El triunfo del centro se reflejó en la defenestración de Múgica y la subsecuente sumisión del gobierno estatal al federal.

A lo largo del trabajo el autor intenta responder a los siguientes interrogantes fundamentales:

1. ¿Por qué en Michoacán, cuando el general Francisco Múgica intentó aplicar una serie de reformas revolucionarias, en ocasiones menos profundas que las aplicadas en Veracruz o Yucatán, o más radicales que las de San Luis Potosí o Tlaxcala, se produjo un enfrentamiento con el gobierno federal, determinante para que la experiencia mugiquista se eliminara? En otras palabras, si la radicalidad o la integración de un grupo de poder local no fueron motivos de diferencia con el centro, ¿por qué en Michoacán se presionó y manipuló

para interrumpir una experiencia gubernamental, e incluso se ordenó el asesinato del gobernador?

2. ¿Cuáles fueron los mecanismos de defensa del gobierno de Múgica? ¿Cómo los desarrolló y cómo los utilizó, a fin de cuentas, sin éxito, en la defensa de su programa?

La primera parte del libro está dedicada a la competencia por el poder político en Michoacán entre los mugiquistas, por un lado, y sus principales rivales: los ortizrubistas y los católicos, por el otro. Apoyado explícitamente en la sociología política de Max Weber, Sánchez compara la naturaleza de las relaciones de dominación de cada una de estas tres fuerzas. En este sentido, observa que pese a su histórico enfrentamiento, tanto los ortizrubistas (organizados principalmente en el Partido Liberal de Michoacán) como los mugiquistas (organizados principalmente en el Partido Socialista de Michoacán) dependían más del carisma de sus respectivos líderes, ambos surgidos del movimiento revolucionario. En contraste, Sánchez señala que las relaciones de tipo legal o normativo fueron mucho más importantes para estructurar y orientar la acción política de los católicos (Partido Católico Nacional, uniones obreras, sindicatos, ligas sociales, Acción Católica, Caballeros de Colón, Unión de Damas Católicas, Liga de Estudiantes Católicos).

La segunda parte del libro trata sobre la forma en que Múgica y el Partido Socialista Michoacano obtuvieron y ejercieron el poder en Michoacán entre 1920 y 1922. El análisis de Sánchez establece claramente la

posición de gran debilidad con la que arrancó el gobierno de Múgica. La polarización entre las fuerzas de los dos candidatos (Múgica y García de León, aliado de Ortiz Rubio) durante la calificación de las elecciones para el Congreso estatal se dividió en dos (uno muguquista y el otro garcialeonista). Esta dificultad hizo que el comandante militar del estado, Lázaro Cárdenas, permaneciera como gobernador provisional. Desafiando las instrucciones del presidente De la Huerta, Cárdenas, quien desde entonces simpatizaba con Múgica, se mantuvo pasivo mientras los muguquistas tomaban por asalto el palacio de gobierno en Morelia. Con el fin de terminar con la incertidumbre política en el estado, Obregón decidió renuenteemente reconocer al gobierno de Múgica el 13 de abril de 1921. Al asumir el poder en estas circunstancias, Múgica se vio continuamente presionado a defender la legitimidad de su gobierno ante la oposición de sus contrincentes locales y el gobierno federal.

Hasta cierto punto, el análisis de Sánchez confirma la imagen convencional del radicalismo de Múgica. Sin embargo, el autor rompe con la idea convencional del revolucionario intransigente y "quijotesco", condenado a estrellarse con molinos de viento insuperables. En cambio, nos presenta a un Múgica para el cual el agrarismo y el obrerismo eran los instrumentos de un proyecto político coherente dirigido a la construcción de un espacio de poder estatal propio.

Sánchez identifica nítidamente los seis puntos nodales del programa de gobierno del general Múgica en

Michoacán: agrario, educativo, religioso, laboral, fiscal, y la autonomía política. "Todos", indica, "estaban estrechamente ligados pero tres eran sus ejes: la educación, la independencia financiera y la autonomía política".

Sánchez subraya que en el proyecto muguquista no se entendían las reformas sociales como el reparto agrario, sin que al mismo tiempo se preparara a la población con programas educativos para la defensa de sus derechos y el mejor aprovechamiento de lo repartido. Al mismo tiempo, la reforma educativa tenía como fin arrebatarse a la Iglesia el control que ejercía sobre las conciencias de los michoacanos; por lo mismo, era por esencia anticlerical. Pero para llevar a cabo las reformas propuestas era necesario contar con los recursos económicos suficientes; por ello se implementó una radical reforma fiscal como medio para incrementar los ingresos estatales por la vía del aumento catastral de los predios rústicos y urbanos. Según Sánchez, "todo esto implicaba afectar intereses locales y extralocales; para enfrentarlos [Múgica] se propuso la defensa a ultranza de la autonomía política del gobierno y del gobernador".

El autor insiste en matizar el radicalismo de la política muguquista. Así, por ejemplo, observa que

durante el gobierno del general Múgica las tierras totalizaron 23 581 hectáreas; cantidad que comparada con Yucatán o Veracruz resulta pequeña pero que ha sido suficiente para que a Múgica se le conociera como a una de las figuras prominentes del agrarismo mexicano.

Por más moderada que esta política fuese, resultó suficiente para despertar gran hostilidad de los hacendados del estado y empujarlos a colaborar más estrechamente con la principal fuerza política rival del gobernador: los ortizrubistas.

El propósito central de la tercera parte es analizar la serie de dificultades políticas del gobierno estatal con el federal, que finalmente condujeron a la claudicación de Múgica y a la sumisión del nuevo gobierno local. Sánchez identifica claramente los focos de desacuerdo y conflicto en las relaciones entre Múgica y Obregón. De entrada señala la ruptura tardía de Múgica con Carranza y su participación tibia en el Movimiento de Agua Prieta.

Por las razones anteriormente indicadas, Sánchez le otorga un peso secundario al radicalismo ideológico, y en particular al programa agrario de Múgica como punto de tensión con Obregón. Más importantes, indica, fueron las pretensiones extremadamente autonomistas de Múgica que se manifestaron en un principio en su obstinada oposición a que Obregón interviniese como árbitro en la resolución del conflicto electoral.

Según el autor, aún más significativa fue la proliferación de levantamientos armados que reflejaban la incapacidad de Múgica para reconciliar, o cuando menos neutralizar, la actividad de fuerzas políticas rivales. Hacia principios de 1922, el estado se encontraba en una situación de violencia generalizada y la situación escapaba del control del gobierno local. Sabido es que la principal preocupa-

ción política de los sonorenses era la pacificación del país mediante el desarme y la desarticulación de contingentes armados independientes, así como la monopolización de la fuerza coactiva por el ejército federal. Para evitar que creciera la influencia del ejército federal en el estado, así como para contrarrestar los movimientos rebeldes, Múgica promovió la organización de agrupaciones y la integración de una fuerza militar local. Múgica había desafiado al poder federal, traspasando así los límites de tolerancia de *el Manco de Celaya*. Las presiones combinadas del centro con la oposición local arreciaron, al tiempo que crecían las divisiones al interior del mismo mugiquismo. El gobierno de Múgica llegaba a su fin. Desafiando la sugerencia del presidente de solicitar una licencia temporal, Múgica presentó su renuncia ante la legislatura local el 10 de marzo de 1922. El Congreso estatal rechazó la renuncia, y le otorgó una licencia temporal. Múgica nunca retomó el poder.

Sánchez responde convincentemente a las dos preguntas de las que parte el estudio. Al lado de otros trabajos de historia regional (como los de Romana Falcón, Gilbert Joseph, Raoumond Buve, Heather Fowler Salamini y Carlos Martínez Assad, por mencionar solamente algunos), la lectura del libro ofrece elementos clave para matizar la importancia de las ideologías y los programas en el proceso de recentralización del poder político-militar durante los primeros años del México posrevolucionario. Para finalizar, solamente cabría añadir un problema observado en el libro. Se trata

de un problema común para los historiadores que intentan darle un contenido teórico a sus investigaciones. En su exposición, Sánchez no alcanza a aclarar cabalmente las implicaciones de los distintos tipos de dominación weberianos para explicar por qué en cierto momento los mugiquistas lo-

graron sobreponerse, aunque fuera temporalmente, a sus contrincantes, y, de igual forma, por qué subsecuentemente sucumbieron al enfrentarse con el ejército federal y el presidente Álvaro Obregón, en alianza con los grupos locales identificados con Pascual Ortiz Rubio.